

Ponencia Invitada

**La Importancia de la Práctica de la Natación en las Edades
Infantiles**

**Luis Miguel Ruiz Pérez
Universidad Politécnica de Madrid**

1. Introducción

Plantearse si aprender a nadar es importante para los niños y niñas parece una pregunta retórica. Es importante como lo es practicar la lectura, el cálculo o la escritura. La práctica de la natación como la práctica del atletismo, el voleibol o el fútbol es provocadora de todo un conjunto de mejoras en el desarrollo de los niños en todas sus dimensiones: motriz, física, social, afectiva o cognitiva (Diem, 1978, 1982). De ahí que la afirmación de que la práctica de la natación es beneficiosa, es confirmar la necesidad de que estas experiencias formen parte de las experiencias de que todo niño debiera recibir (Diem, Bresges y Hellmich, 1978; Zuoziené, Akelyté y Zuoza, 2014) y ya no resulta extraño escuchar que se debería aprender a nadar antes que a andar (Fouace, 1979).

No obstante *practicar* es un verbo con muchos rostros que cuando se aplica a la natación y se relaciona con la infancia, acto seguido sugiere toda una serie de cuestiones, a saber: *Cuándo practicar, qué practicar, para qué practicar, dónde practicar o cómo practicar*, que merecen la pena considerar.

1. *¿Cuándo practicar?*. En la actualidad está aceptada la idea de que los niños tomen contacto con el agua desde edad muy temprana y los programas precoces de natación siempre han estado cargados de promesas. Pedagogos y científicos del deporte han venido defendiendo esta idea a pesar de que algunas organizaciones médicas pudieran haber llamado la atención sobre los problemas de salud que de ello se pudiera derivar. El apoyo a los programas acuáticos para pequeños solo se han recomendado a partir de los 4 años (AAP, 2000).

Los argumentos sobre el origen acuático de nuestro desarrollo han sido considerados por diferentes estudiosos quienes han visto en el líquido amniótico el punto de partida de una especie de recapitulación del desarrollo humano en la ontogenia infantil (ver Le Camus, 1993). A esto hay que añadir los estudios antropológicos en los que culturas ligadas al agua ofrecen a sus niños aprender a defenderse en el agua en edades que todavía no son capaces de andar, recordemos las descripciones que la antropóloga Margaret Mead hizo sobre los nativos de los Mares del Sur (Mead, 1930). No obstante son esas zonas del mundo en las que la tasa de ahogamientos es más elevada (Ahmed, Rahman, y van Ginneken, 1999; Yang, Nong, Li, Feng, y Lo, 2007).

Lo cierto es que existen propuestas de bebé en el agua aceptadas y desarrolladas de manera notable en todas las latitudes desde hace décadas (Diem, Bresges y Hellmich, 1978) que se mantienen en la actualidad (Moreno y Borges, 2009). Para todos estos pedagogos el medio acuático se convierte en un espacio de desarrollo infantil. Estas propuestas se han generalizado desde edades muy tempranas. Lo cierto es que el niño pequeño va desarrollando los recursos necesarios para poder aprender las diferentes habilidades que el medio acuático le reclama (ARC, 2009). Su desarrollo motor es rico en posibilidades cuando interactúa con un medio como el acuático (Del Castillo, 1992; Ruiz, 1999), y su disponibilidad para aprender asombrosa. La evidencia científica y la anecdótica ha mostrado la capacidad de los niños pequeños (antes del primer año) para desarrollar competencias acuáticas básicas, y cada vez son más los libros dedicados a describirlas (Pansu, 2010; Penik, 2011; VV.AA, 2006). Algunos estudios han apoyado estos programas (Asher, Rivara, Felix, Vance y Dunne, 1995) al demostrar la eficacia que los mismos podían tener en el desarrollo de habilidades acuáticas en los más pequeños y prevenirles de posibles ahogamientos.

No obstante para los especialistas en desarrollo motor, para que los niños adquieran los fundamentos natatorios parece necesario que hayan podido desarrollar la sedestación autónoma, la bipedestación y una marcha independiente (ARC, 2009), de tal modo que habilidades acuáticas básicas como flotar, darse la vuelta, el control de la respiración, el nado perrito o el crol más elemental van progresivamente desarrollándose en un lapso de tiempo clave que va de los 18 a los 60 meses, momento a partir del cual participar en las clases de aprendizaje natatorio es más eficaz, siempre si el objetivo es la natación competitiva. Lo que no queda tan claro es cuál es la edad en la que la practica de las actividades acuáticas para desarrollar la competencia acuática reducirá el

riesgo de ahogamiento, aunque los 3-4 años parece ser una edad aceptada, ya que antes no existe evidencia científica que lo demuestre (ARC, 2009).

2. *¿Qué practicar?*. Estrechamente relacionado con la anterior, decidir qué es lo que los niños deben practicar en el agua es asunto de importancia, ya que termina estando influido por las intenciones que los adultos poseen sobre cuál es la finalidad de esta práctica. Nos referimos a que en la actualidad existe un pequeño conflicto entre quienes consideran que la práctica de las actividades acuáticas debe ir referida a dotar a los niños de los recursos necesarios para defenderse y disfrutar en el agua, lo que para algunos sería desarrollar la competencia acuática (Langerdorfer y Bruya, 1995; Quan et al., 2015, Ruiz, 1999), mientras que otro sector tiene la vista puesta en desarrollar futuros nadadores de competición, por lo que en el momento propicio introducen los estilos natatorios y una estructura de práctica de dichos estilos similar a la ofrecida los deportistas adultos.

Por lo tanto se plantea el dilema de si ofrecer tareas acuáticas que favorezcan la competencia acuática para prevenir posibles ahogamientos o tareas natatorias que favorezcan el dominio de los estilos natatorios. La resolución de este dilema conlleva actitudes, propuestas metodológicas y actividades diferentes, incluso plantea una reflexión sobre las pedagogías lineales o no lineales en el medio acuático (Chow, Davids, Button, Shuttelworth, Renshaw y Araujo, 2007; Magias y Pill, 2013).

Otra de las cuestiones importantes es la determinación de cuáles deben ser las habilidades acuáticas que los niños y niñas necesariamente deben practicar. Es común que habilidades como nadar una distancia de 25 a 30 metros, flotar, darse la vuelta o entrar y salir del agua sin ayuda, hayan sido consideradas habilidades básicas para los niños. La subcomisión de la Cruz Roja Americana en 2009 destacó que la competencia motriz acuática se manifestaba cuando los niños eran capaces de entrar en el agua con una inmersión total, recuperarse en la superficie y mantenerse a flote al menos un minuto, controlar la respiración, ser capaz de girar 360° y orientarse hacia el punto desde el que partió, nadar de frente o espalda por lo menos 30 metros con formas de nado elementales y salir del agua con autonomía (Quan et al, 2015), además de que los niños aprendiesen reglas de *qué hacer en caso de...*

Este último aspecto es un punto interesante sobre todo si se considera que pueden surgir situaciones muy diferentes en el agua, en las que los niños deben ser capaces de responder. Por ejemplo Mecrow et al. (2015) en su estudio mostraron como

son muchos los niños de 12 y 14 años que han tenido experiencias de tener que ayudar a otros niños en apuros rescatándoles con sus propios medios. Ofertar conocimientos y experiencias adicionales sobre los valores de la seguridad, la familiarización con el riesgo y procedimientos para actuar en caso de necesidad, es un aspecto interesante a considerar en los programas de natación infantil.

3. *¿Para qué practicar?*. Suelen ser diferentes las razones que se argumentan para proponer la práctica de la natación en las edades infantiles. Se considera que las prácticas natatorias aumentara la *Confianza* de los niños y niñas, lo *Pasarán Bien* en el agua, *Aprenderán sobre su Salud* y sobre la importancia de estar en buena forma, se *Relacionarán con los otros Niños*, y por último, y más importante, *Tendrán menos posibilidades de Ahogarse*. Si consideramos que los ahogamientos es una de las causas principales de accidentes fatales en estas edades en todas las partes del mundo, parece que el objetivo es muy relevante, y es el que realmente moviliza a los padres a llevar a sus hijos a los cursos de natación, con la esperanza de que cuando se vean en el agua y ante una situación que reclame esas habilidades, las sepan poner en acción de forma favorable y competente.

Sobre esta cuestión existe mucha controversia ya que las evidencias científicas no han sido muy abundantes. Recientemente es cuando se ha podido comprobar que efectivamente el desarrollo de programas de aprendizaje de la natación puede disminuir la tasa de ahogamientos en una población infantil. Experiencias llevadas a cabo en China, Estados Unidos o los conocidos como los estudios en Bagladesh han proporcionado argumentos en esta dirección (Brenner et al, 2009; Yang et al, 2007; Mecrow et al, 2015 y Rahman et al, 2012). Así en el estudio de Brenner et al. (2009) la participación en clases de natación estuvo asociada con un descenso de un 88% del riesgo de ahogamiento entre los niños de 1 a 4 años, mientras que en el estudio de Bangladesh se demostró que la puesta en marcha de programas de enseñanza de la natación además de ser una buena estrategia para evitar los ahogamientos en los niños era una propuesta económicamente en zonas en las que la economía no es muy boyante como los países en vías de desarrollo.

4. *¿Dónde y cómo practicar?*. Estas preguntas que parecen simples de contestar para un occidental, ya que lo primero que vendría a la mente es una piscina, sin embargo tiene otras posibles respuestas para aquellos que viven en zonas de mar o de río, por ejemplo. En la mayoría de los casos la enseñanza de las actividades acuáticas, el

desarrollo de la competencia acuática o lo que otros autores también denominan la sensibilidad al agua (Light y Wallian, 2008), se desarrollan en entornos estables, predecibles y estáticos como las piscinas o los estanques (Magias y Pill, 2013). Este tipo de escenarios tienden a provocar modelos de intervención más lineales o deterministas en los que cada paso está previamente establecido, y en los que predomina la reproducción de gestos más que la producción de nuevos patrones de movimiento en respuesta a los problemas motrices planteados.

Uno de los grandes asuntos que la práctica de la natación tiene es el problema de la transferencia, o dicho de otra forma: *¿aprender a nadar en una piscina favorecerá la competencia acuática en el mar, un río o un lago?, ¿aprender a nadar con traje de baño favorecerá nadar vestido?, ¿Son los procedimientos de práctica basados en la reproducción de técnicas natatorias los más adecuados para favorecer el desarrollo de la competencia acuática?, etc..*

Ante esta situación emergen otras propuestas en las que se cultiva la experiencia activa de los niños en la búsqueda y el descubrimiento de soluciones a los problemas que el entorno o el profesor les propone. Simular posibles situaciones en el agua u optar por el empleo de diferentes escenarios que los aprendices puedan explorar parecen una buena solución. Algunos países como Noruega, Suiza o países que poseen entornos acuáticos abundantes, conscientes de esta situación promocionan que se practique fuera de las piscinas para que sus niños y niñas se familiaricen con otros entornos y sus peculiaridades.

Es la noción de competencia acuática la que mejor refleja la necesidad de una enseñanza para favorecer la transferencia. Langerdorfer (2011) la definió como *la eficiencia que los niños pueden desarrollar en el medio acuático y que reduce la posibilidad de que pueda ahogarse aumentando su capacidad para llevar a cabo con éxito las exigencias que cada contexto acuático le reclama*. Nosotros mismos (Ruiz, 1999, 2014) la hemos definido en términos similares, considerando que la competencia acuática posee dos tipos de componentes o de funciones principales. Una de carácter modular y otra de carácter integrativo. Estos dos componentes se relacionan estrechamente con dos categorías de problemas a los que una persona se puede enfrentar: *Problemas de tipo mas modular* y centrados en la solución de tareas específicas, y *Problemas de carácter mas integrador o centrados en la solución de situaciones*. Como Ruiz (2014) indicaba una competencia motriz acuática más modular

respondería a la pregunta: *¿Competencia en...?* y sería una competencia en la realización de tareas específicas como deslizarse, controlar la respiración o flotar. Una competencia integradora o situacional respondería a la pregunta: *¿Competencia para...?*, o lo que es lo mismo, sería una competencia para solucionar situaciones como tener que ayudar a un compañero, nadar con oleaje o nadar vestido. Los niños al solucionar un problema motor acuático se ve ante la tesitura de funcionar con habilidades concretas, como es el caso de mantenerse a flote en el agua durante el tiempo necesario para decidir qué hacer. Es cuando saber nadar alcanza su significado real, ya que supone asumir que practicar y aprender en el medio acuático es mucho más que solamente el dominio de unas técnicas predeterminadas, supone la capacidad de solucionar problemas aplicando los recursos aprendidos.

2. Algunas consideraciones adicionales sobre la práctica de la natación en la infancia.

La realidad nos muestra que incluso los niños que dominan las habilidades natatorias y que se desenvuelven en el agua con cierta competencia, pueden ahogarse. Este hecho nos lleva a pensar que el asunto es mucho más complejo que solo la adquisición de patrones de coordinación motriz. Es cuando debemos plantearnos qué puede influir en determinadas circunstancias para que los niños tomen decisiones que les pueden poner en peligro.

Las razones por las que un niño puede llegar a tener un accidente en el agua son muy diferentes. Entre ellas destacamos la falta de supervisión de los adultos, la falta de un vallado alrededor de la piscina si este es el lugar donde se produce el accidente o la falta de flotadores en el entorno, por ejemplo. Se asume por muchos especialistas que los padres debieran estar alerta y saber qué hacer en esas circunstancias, y si no fuera así ofrecerles formación para ello.

Este es uno de los problemas que existe en los países en vías de desarrollo en los que los factores de riesgo son muy numerosos y la falta de educación-formación de los padres es muy notable (Rahman et al., 2012; Yang, Nong, Li, Feng, y Lo, 2007). En estos países en aprendizaje natatorio es un fenómeno personal por ensayo y error en un contexto social de los amigos, no existe supervisión cualificada de padres o de profesores, de ahí que sean entornos donde la necesidad de programas formales es muy necesaria.

Por otro lado, nada se habla de la capacidad perceptiva y cognitiva de los niños y niñas de estas edades cuando están en el medio acuático, es más común que el interñes investigador se hay centrado en otros contextos como es el de cruzar las calles, el doméstico o el relacionado con el manejo de vehículos como las bicicletas. (O'neal y Plumert, 2014)

En cualquier caso, los docentes encontrarán que es muy interesante y necesario considerar como evolucionan y cambia los aspectos perceptivo-cognitivos de los niños, y como estas transformaciones afectan al comportamiento en la piscina o en el entorno acuático en el que se encuentran. Uno de estos aspectos es el relacionado con la capacidad que los niños tienen para valorar su propia competencia en determinados escenarios (Plumert, 2003). Cada día se conoce más sobre como deciden en situaciones en las que tienen que cruzar la calle, alcanzar un objeto elevado o circular en bicicleta en una carretera con mucho tráfico, y este conocimiento puede avanzar pistas sobre como responden en situaciones acuáticas..

Por lo general el entorno acuático (piscina, río, embalse, mar, pantano, etc.) suele ser siempre fuente de temor para los padres de ahí que sean estos los primeros que trasladan reglas de cómo comportarse en los mismos. El *"ten cuidado con..."* o el *"no te acerques a sin mi permiso"*, son ejemplo de este tipo prevenciones que los adultos toman con los más pequeños. Los padres de niños menores de 2 años suelen mostrar una actitud protectora casi constante para progresivamente dotar a los niños de una mayor autonomía confiando que sus indicaciones las cumplirá. Aun así, es común que las desoigan y se sientan capaces de acercarse al borde de la piscina e intentar coger un objeto que hay en el agua, de meterse en el río sin que nadie le vea o de tirarse al agua en una zona de poca profundidad. La pregunta es *¿Por qué lo hacen?, ¿Por qué los niños pequeños muestran este tipo de comportamientos?*.

Son diferentes las causas de este tipo de comportamientos. Por un lado tenemos sus características personales como la edad, el sexo o el temperamento. Por otro las que están relacionadas con la familia, sus costumbres, el proceso de modelado y sus prácticas. es común constatar como los padres tienden a favorecer en los varones comportamientos de mayor riesgo que en las niñas (O'neal y Plumert, 2014). Tampoco hay que olvidar la presión que su entorno social más cercano como los hermanos o amigos pueden ejercer: *"Eres un gallina"*, *"Todos lo hacemos"*, planteándose que si ellos lo hacen, por qué no puedo hacerlo yo también. Por último, comentaremos los

feedbacks que los niños reciben de sus propias prácticas los cuales pueden darles la falsa sensación de son capaces de más cosas de las que realmente son capaces.

Todo ello nos lleva a considerar que los niños cometen lo que se denominan *errores de juicio* (Plumert, 2003) que conllevan estimaciones de su capacidad por encima de lo que son capaces de hacer. La investigación ha demostrado que los más jóvenes *sobrevaloran* sus posibilidades de acción y no siempre ven el peligro y riesgo potencial que entrañan ciertas decisiones, y del mismo modo que pueden cometer errores de juicio cuando tienen que cruzar una calle o cuando van en bicicleta, también los pueden cometer cuando se tiran a la piscina o se bañan en un embalse, en el mar o en un río. Estas circunstancias muestran que con los más pequeños existe una *ventana de vulnerabilidad* que tiene que ver con lo que ellos creen que son capaces de hacer (sus competencias) y lo que realmente son capaces de hacer (las demandas de la situación) lo que les lleva a la posibilidad de que cometan errores no intencionales (Plumert, 1995), ya que incluso siendo cautelosos y dominando las habilidades acuáticas fundamentales, pueden cometer errores de juicio que les hacen propensos a los accidentes. De ahí la necesidad de educarles en los valores de la seguridad, tarea en la que padres y educadores deben estar implicados.

3. A modo de resumen y conclusión.

Con resumen y conclusiones de lo anteriormente comentado se propone que la práctica de la natación suponga:

1. Una práctica que considere contextos acuáticos diferentes (playa, piscina, río, embalse, pantano, etc.) y circunstancias diferentes (vestido, temperatura baja, olas, etc.).
2. Seguir considerando qué tipo de habilidades acuáticas son básicas y necesarias para desarrollar la competencia de los más jóvenes.
3. Manifestar una actitud metodológica flexible en la que la exploración de las posibilidades de acción en contextos variados sea el motor del proceso de aprendizaje. En este sentido las recientes propuesta de pedagogía no lineal ofrecen sugerencias a considerar.
4. Educar la atención de los niños y niñas en el medio acuático. Familiarizarles con el riesgo y lo que sus decisiones suponen. Ofrecerles situaciones en las que pueda vivenciar las posibles circunstancias en las que su competencia acuática puede estar reclamada para sí mismos o para los demás. Es importante que sepan captar aquellas

señales que le indican del peligro, trasladándoles los valores de un comportamiento que valore la seguridad.

5. Enseñarles a aprender de las malas decisiones. Aprender que existen circunstancias en las que se debe ser cauto a la hora de lanzarse al agua o al escoger un tipo de nado u otro en diferentes contextos.

6. Practicar de forma abundantemente. Saber nadar no es una cuestión de 15 días. Ser competente en el agua es mucho más que nadar crol o braza. El desarrollo de la competencia motriz es un proceso no un producto de un cursillo. Lo que se es capaz a los 10 años, tal vez no sea igual a los 12 años, los 16 o los 46.

7. Comprender mejor la dinámica perceptivo-cognitiva de los más jóvenes, aprender a nadar no es un hecho puramente motor, es la puesta en situación de una persona en su totalidad, persona que aprende con todo su cuerpo y que piensa y decide con él. Su transcurso evolutivo es cambiante y su toma de decisiones se ve afectada por este cambio.

8. Involucrar a los padres y las familias en este proceso de cambio y transformación ya que las familias son la primera línea de comunicación con los niños, son la fuente de conocimiento para que aprendan los valores de la seguridad.

9. Una enseñanza que plantee preguntas y proponga situaciones. Una enseñanza que manipule los *constraints* de las situaciones y que compruebe sus efectos. Situaciones que permitan que los niños aprendan de forma directa el efecto de lo que están aprendiendo, de lo que se les indica y los riesgos de sus decisiones.

10. Reducir el riesgo de que los más pequeños se ahoguen.

4. Referencias

Ahmed, M.K., Rahman, M., & van Ginneken, J. (1999). Epidemiology of Child deaths due to drowning in Matlab. Bangladesh. *International Journal of Epidemiology*, 28, 306-311.

American Academy of Pediatrics (AAP) (2000). Position statement: Swimming programs for infants and toddlers. *Pediatrics*, 105(4), 868-870.

American Red Cross (ARC) (2009). Minimum age for swimming lessons. *ACFASP Scientific Review*, June, 1-18.

- Asher, K.N., Rivara, F.P., Felix, D., Vance, L., & Dunne, R. (1995). Water safety training as a potential means of reducing risk of young children's drowning. *Injury Prevention*, 1(4), 228-233.
- Brenner, R.A., Taneja, G.S., Haynie, D.L., Trumble, A.C., Qian, C., Kilnger, R.M., & Klebanoff, M.A. (2009). Association between swimming lessons and drowning in childhood: A case control study. *Archives of Pediatrics & Adolescent Medicine*, 163, 203-210. PubMed doi: 10.1001/archpediatrics.2008.563.
- Chow, J.-Y., Davids, K., Button, C., Shuttelworth, R., Renshaw, I., & Araujo, D. (2007). The role of nonlinear pedagogy in physical education. *Review in Educational Research*, 77(3), 251-278. doi: 10.3102/003465430305615.
- Del Castillo, M. (1992). Los bebés y el agua. Una experiencia real. *Comunicaciones Técnicas*, 1, 15-21
- Diem, L. (1978). *Deporte desde la infancia*. Valladolid: Miñón
- Diem, L. (1982). Early motor stimulation and personal development: A study of four to six year old German children. *Journal of Physical Education, Recreation and Dance*, 53(9), 23-25.
- Diem, L., Bresges, L., & Hellmich H. (1978). *El niño aprende a nadar*. Valladolid: Miñón
- Fouace, J. (1979). *Nadar antes de andar. Los niños anfibios*. Barcelona: Paraninfo.
- Langerdorfer, S. (2011). Editorial: Considering drowning, drowning prevention, and learning to swim. *International Journal of Aquatic Research and Education*, 5, 236-243.
- Langerdorfer, S., & Bruya, L.D. (1995). *Aquatic readiness: Developing water competence in young children*. Champaign: Human Kinetics.
- Le Camus, J. (1993). *Las practicas acuáticas del bebé*. Barcelona: Paidotribo.
- Light, R., & Wallian, N. (2008). A constructivist-Informed approach to teaching swimming. *Quest*, 60(3), 387-404. doi: 10.1080/00336397.2008.10483588.
- Magias, T., & Pill, S. (2013). Teaching swimming for movement variability: an application of Teaching Games for understanding-game sense. *Proceedings of the 28th ACHPER International Conference* (pp. 93-101). Melbourne

- Mead, M. (1930). *Growing up in New Guinea. A comparative study of primitive education*. New York: New American Library.
- Mecrow, T.S., Rahman, A., Linnan, M., Scarr, J., Mashreky, S.R., Talab, A., & Rahman, A.K. (2015). Children reporting rescuing other children drowning in rural Bangladesh: a descriptive study. *Injury Prevention*, 21:e51–e55. doi:10.1136/injuryprev-2013-041015
- Moreno, J.A., & Borges, L. (2009). *Estimulación acuática para bebés*. Barcelona: INDE
- O'neal, E.E. y Plumert, J.M. (2014). Mother-child conversations about safety: Implications for socializing safety values in children. *Journal of Pediatric Psychology*, 1-11. doi 10.1093/jpepsy/jsu005.
- Pansu, C. (2010). *Bebés nadadores. Adaptación al medio acuático de niños de 0 a 6 años*. Madrid: Tutor.
- Penik, H. (2011). *Natación para niños*. Madrid: Tutor.
- Plumert, J.M. (1995). relationships between children's overestimation of their physical abilities and accident proneness. *Developmental Psychology*, 31, 866-876.
- Plumert, J.M. (2003). Children overestimation of their physical abilities: links to injury proneness. En G. Savelsbergh, K. Davids, J. van der Kamp, & S.J. Bennett (Eds), *Development of movement co-ordination in children* (pp. 29-40). London: Routledge
- Quan, L., Ramos, W., Harvey, C., Kublick, L., Langerdorfer, S. Lees, T, & Wenicki, P. (2015). Toward defining water competency: An American Red Cross definition. *International Journal of Aquatic Research and Education*, 9, 12-23.
- Rahman, F., Bose, S., Linnan, M, Rahman, A., Mashreky, S., Haaland, B, & Finkelstein, E. (2012). Cost effectiveness of an injury and drowning prevention program in Bangladesh. *Pediatrics*, 130, e1621-e1628.
- Ruiz, L.M. (1999). Control motor y competencia acuática en la infancia. *NSW*, XXI(3), 10-16
- Ruiz, L.M. (2014). De qué hablamos cuando hablamos de competencia motriz. *Acción Motriz*, 12, 37-44

- VV.AA. (2006). *Nadar con bebés y niños pequeños*. Barcelona: Paidotribo.
- Yager, L. (2008). Aquatic management survey to identify factors related to injuries, accidents, and deaths at aquatic facilities. *International Journal of Aquatic Research and Education*, 1, 27-35.
- Yang, L., Nong, Q-Q, Li, C-L, Feng, Q-M., & Lo, S.K. (2007). Risks factors for childhood drowning in rural regions of a developing country: A case-control study. *Injury Prevention*, 13, 178-182. PubMed. doi 10.1136/ip.2006.013409.
- Zuozienė, H.J., Akelytė, G., & Zuoza, A.K. (2014). Is it important to teach Lithuanian children swimming?. Analysis if drowning and schoolchildren's knowledge of safe conduct at water. *Education, Physical Training and Sport*, 2(93), 71-76